

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, AL AGRADECER CENA OFRECIDA
POR EL PRESIDENTE RODRIGO BORJA, EN EL PALACIO NACIONAL

QUITO, 24 de Septiembre de 1990.

El señor Presidente Borja ha sido muy generoso en sus palabras para calificar mi persona y la tarea que, con mis colaboradores, estamos realizando en la etapa de reconstrucción y consolidación de la democracia en Chile.

Yo sé que esas palabras nacen del afecto, del afecto profundo que el pueblo ecuatoriano tiene por el pueblo chileno, que se ha manifestado reiteradamente a través de la historia, que yo lo he sentido desde que he pisado tierra ecuatoriana, en la gente de la calle, como en las autoridades y las personas con quienes he podido tratar.

Gracias, señor Presidente, gracias autoridades representativas del pueblo de Ecuador, por este cariño y este afecto que nos expresáis esta noche.

Yo quiero decirles que estáis muy correspondidos. Desde niños, los chilenos, nos acostumbramos a admirar y a querer a la Patria ecuatoriana como una Nación hermana. Cierta afinidad natural se ha producido a través de los años y ha sido permanente y permanentemente renovada.

La presencia de muchos ecuatorianos en Chile, durante largos años, sea como estudiantes, sea en períodos en que aquí la libertad ha sufrido sus limitaciones y que han ido buscando libertad a la tierra chilena, ha reforzado esa admiración y cariño de los chilenos por los ecuatorianos, y la presencia numerosa de chilenos a quienes vosotros habéis acogido cuando son nuestros compatriotas chilenos los que han venido aquí en busca de la libertad que echaban de menos en su Patria y que han encontrado aquí un hogar, simpatía, afecto, solidaridad, ha ido vigorizando y consolidando este feliz entendimiento entre nuestras naciones.

El señor Presidente ha formulado algunas reflexiones sobre el tema de la democracia. Permítanme que lo siga brevemente en esa

materia. La verdad es que ningún sistema de gobierno es perfecto y creo que fue Churchill quien dijo que "la democracia es el más malo de todos los sistemas de gobierno, excluidos todos los demás". En verdad, para que el gobierno fuera perfecto los hombres tendríamos que ser perfectos, y la naturaleza humana es imperfecta. Con todo, la democracia, yo diría que lo esencial de ella, es que es el sistema de gobierno que se funda en el respeto a la dignidad de la persona humana.

En la democracia hay un ingrediente esencialmente moral: es reconocer que el poder tiene sus límites y ese límite del poder es fundamentalmente los derechos naturales del hombre, los llamados derechos humanos. El Estado, órgano del bien común, que es la plenitud del poder de la sociedad, pero ese poder no es absoluto, ese poder tiene como contrapeso, como límite, el respeto a los derechos de la persona humana.

La democracia concilia el fenómeno de la autoridad, esencial en toda sociedad humana, con la libertad; a primer vista, autoridad y libertad son fenómenos antagónicos, puesto que la autoridad, de algún modo, limita la libertad. Pero en la democracia, puesto que la autoridad se funda en el consentimiento colectivo de aquello sobre a quienes se van a ejercer, puesto que el poder de los gobernantes deriva del asentimiento de los gobernados, se produce esta conciliación entre autoridad y libertad. Y como lo ha dicho muy bien el señor Presidente, las reglas de la mayoría, reglas de oro de la democracia, no significa omnipotencia de la mayoría.

Lo esencial en la democracia es que, puesto que se respetan los derechos de cada persona humana, la minoría tiene tantos derechos como la mayoría. La mayoría gobierna, pero la minoría fiscaliza; la mayoría ejerce el poder, pero debe respetar a la minoría. Y como el pueblo, periódicamente, puede pronunciarse, siempre la minoría tiene posibilidad de llegar a ser mayoría y la mayoría tiene el riesgo de dejar de serlo, y esto debe hacer pensar a las mayorías sobre la necesidad de no incurrir en abusos que mañana pudiera la minoría, convertida en mayoría, ejercer en su contra. Es un sistema de equilibrios.

Perdónenme que les cuente algo de lo ocurrido en mi Patria. En los años 60 el mundo vivió un proceso de extrema ideologización. Este proceso fue el que llevó a los estudiantes de París a tomarse una parte de la ciudad, proclamando como consignas "seamos realistas, pidamos lo imposible". El ideologismo llevó a las distintas tendencias a creer que "su verdad" era la verdad absoluta y a pretender imponérsela a los demás.

Ese proceso de ideologización, que vivió el mundo entero, que en América Latina justificó movimientos violentistas, en Chile tuvo extraordinaria repercusión. En Chile nos dividimos

profundamente, nos dividimos por esquemas absolutistas. Cada uno creyó tener la teoría perfecta para convertir a su Patria en una sociedad feliz y, empeñándonos cada uno en imponer su propia visión, excluyendo en absoluto la de los otros, terminamos en un sistema de intransigencia, de exclusiones, de confrontaciones, primero verbales, después ya, incluso, por la vía de hecho, que terminaron con el derrumbe y el quiebre del sistema.

Si algo hemos aprendido los demócratas chilenos de la vivencia de los últimos 16 años, fue que no podemos volver a caer en lo mismo, que tenemos que aprender a entender que por muchas que sean nuestras diferencias, ninguno es el dueño exclusivo de la verdad, que algo de verdad tiene el adversario, que por muchas que sean nuestras diferencias no nos pueden convertir en enemigos, porque siempre es más lo que nos une que lo que nos separa.

Esto, que ha madurado de una manera como natural, tal vez forzada por los acontecimientos, por el dolor, por el sufrimiento de tantos años, ha provocado en Chile el fenómeno extraordinario de que hoy estemos gobernando, en una combinación de partidos, quienes ayer fuimos adversarios. Yo encabecé la oposición al gobierno del Presidente Allende, y hoy gobiernan conmigo la mayor parte de los partidos que gobernaron con el Presidente Allende, y nos hemos puesto de acuerdo, más allá de nuestras diferencias doctrinarias, porque hemos coincidido en un diagnóstico sobre lo que Chile necesita ahora, en esta etapa, y porque hemos aprendido a relativizar nuestras concepciones doctrinarias, a confrontarlas con la realidad.

Pero hay alto más. No sólo los partidos que formamos el actual Gobierno, que tengo la honra de presidir, estamos en este clima de entendimiento, que nos une verdaderamente, en torno a las bases programáticas de la acción de mi Gobierno, incluso los partidos a que el veredicto electoral ha colocado en oposición a mi Gobierno entienden también que hay un campo, una reglas del juego que limitan la controversia, que cualesquiera que sean nuestras diferencias también nos unen más y muy vigorosamente realidades que sufre nuestro pueblo, intereses comunes.

Y por eso hemos podido lograr, en estos meses, en el Parlamento chileno, entendimientos fructíferos entre el Gobierno y partidos de la oposición; hemos despachado una Reforma Tributaria con un acuerdo entre partidos de Gobierno y partidos de la oposición, y aquí me acompaña el Senador Piñera, dirigente de un partido de la oposición que colaboró, junto al Ministro Foxley, a mi Ministro de Hacienda, a estudiar las fórmulas más adecuadas para hacer realidad ese proyecto de ley que satisficiera simultáneamente las demandas de mayores recursos del Estado, para el cumplimiento de sus programas en el campo social y, por otra parte, las necesidades de la estabilidad y eficiencia del sistema económico.

Del mismo modo, hemos hecho un empeño grande para el cual hemos contado con la colaboración de trabajadores y empresarios chilenos, y hemos logrado que entre ellos se produzcan acuerdos sobre bases fundamentales de las relaciones entre unos y otros. La Confederación de la Producción y del Comercio, por un lado, la Central Unitaria de Trabajadores, por otro, suscribieron junto con el Gobierno un Acuerdo marco y han participado en el estudio de las reformas a la legislación laboral que el Gobierno ha sometido al Congreso.

Mediante este camino de buscar los entendimientos, de limitar las discrepancias, de someternos todos a las reglas del juego, estamos avanzando en esta etapa nueva de reconstrucción de la democracia chilena.

Yo creo que es una experiencia valiosa, que revela hasta qué punto, en la medida en que hacemos prevalecer las racionalidades sobre las pasiones, en la medida en que entendemos que la política no es el arte de hacer lo imposible o de imponer recetas de laboratorio, sino que es el arte de ir resolviendo los problemas nacionales y mundiales de acuerdo con las circunstancias, en la medida de las posibilidades, de la mejor manera posible, y se conjugan esfuerzos de buena voluntad, en esa línea se logra avanzar.

Excúsenme que me haya extendido. Las palabras del señor Presidente me entusiasmaron sobre un tema que sé que es apasionante.

Los pueblos de América Latina, Ecuador y Chile entre ellos, tenemos el gran desafío de consolidar en nuestros países una democracia que al mismo tiempo de asegurar la libertad, sea capaz de ser eficaz en el plano económico para lograr el crecimiento, modernización, prosperidad de nuestros pueblos en el ámbito económico y realizar la justicia social para que los beneficios del crecimiento y de la riqueza alcancen equitativamente a todos los sectores. En esa tarea estamos, en esa tarea yo les deseo a ustedes el mayor de los éxitos.

Somos solidarios los pueblos de Chile y de Ecuador con las demás naciones del Continente. Yo los invito a brindar por la prosperidad y la consolidación democrática en Ecuador, por la amistad entre Ecuador y Chile y por la ventura personal del señor Presidente y de su señora.

* * * * *

QUITO, 24 de Septiembre de 1990.
MLS/EMS.